

## UN INTELLECTUAL INELUDIBLE

ORTEGA Y EL TIEMPO DE LAS MASAS

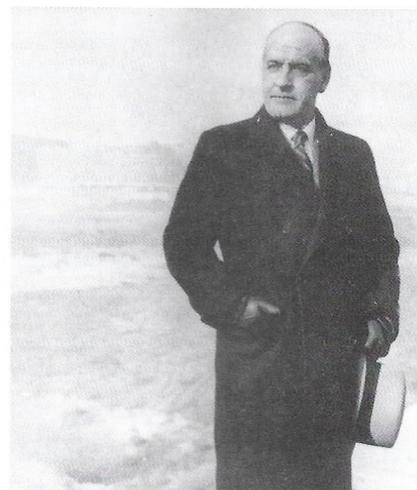
Hugo Aznar, Elvira Alonso,  
Manuel Menéndez (eds.)

Plaza y Valdés, Madrid, 2018. 220 pp.

Sí, todavía estamos a vueltas con Ortega. Y con las minorías y las masas. Y con la España invertebrada. La editorial Plaza y Valdés añade a su acertado catálogo un muy interesante libro que recoge siete trabajos sobre el, para muchos, más destacado filósofo español del siglo XX; el más internacional y conocido. Un pensador madrileño que derramó su escritura en la prensa nacional y extranjera, que estudió en Alemania empapándose de Neokantismo, pero también de Nietzsche y de fenomenología; que vio cómo Heidegger exponía en una obra lo que él todavía intentaba madurar en decenas de artículos, y que, tras ser el maestro de varias generaciones, acabó su vida entre la sospecha de connivencia con el franquismo y el exilio interior. Era Ortega y Gasset. Un intelectual de fuste, un escritor generoso, un filósofo en un país poco atento a la filosofía, y un liberal que, como tantos otros, prefirió la injusticia al desorden. Como es lógico, no todo Ortega se puede leer, hoy, con el mismo interés. Hay textos suyos enmohecidos por el paso del tiempo, incómodos por su estilo y su discurso ya rancio; pero hay otros que revisten verdadero interés, que apuntan a un pensamiento vivo y pertinente, aunque también incómodo y lenguaraz. Hay temas en los que solo puede leerse para pasmo y vergüenza, como cuando escribe sobre las mujeres, y asuntos, como las masas, las élites, o el nacionalismo, en los que conviene escuchar las

voces de los más inteligentes, como lo fue Ortega, aunque sea para no estar de acuerdo y arrimar razones para desmentirle. Hijo de su época, Ortega, como Marañón, otro liberal que escogió la dureza franquista mejor que la turba republicana al ponerse el asunto feo, cuando abordan la cuestión femenina resultan vetustos, incluso eran anticuados en su momento, y pueden desalentar al curioso que se acerque a sus escritos. Haríamos mal en ser tajantes. Nos perderíamos, igualmente, piezas de notable audacia, textos para ser entendidos y meditados.

En *Ortega y el tiempo de las masas*, han colaborado filósofos, filólogos, profesores de ética, de periodismo y doctores en derecho con trabajos presentados en una primera exposición en el marco de diversos seminarios celebrados en el Palacio de Colomina, en Valencia. Los temas abordados van desde la presencia de Paul Natorp en la filosofía social de Ortega, a la crítica a la sociedad de masas y la función social del periodismo, con referencia al propio Ortega y a Walter Lippmann, pasando por sus relaciones con el proyecto de Azaña, compañero de generación, por su teoría de las minorías y las masas, por el nacionalismo, y por esa "aporía" de su antropología que parece excluir, sorprendentemente, a la mitad del género humano. No todos los textos revisten el mismo interés, aunque todos merezcan una lectura. Los más sólidos resultan los que afrontan el tema de las minorías rectoras y las masas, los de Angel Peris Suay y Anastasio Ovejero, así como el de Hugo Aznar y Marcia Castillo-Martín, atentos a la miopía orteguiana respecto de la mujer. Ortega entendió muy pronto cuál era la característica definitoria de la modernidad, y, apreciando las ventajas del aumento del nivel de vida o las mejoras cotidianas, repudió el carácter gregario, irresponsable, satisfecho, nada exigente de la masa. El rasgo



Ortega

definitivo de las masas, del hombre masa, no estaba relacionado ni con la biología ni con la clase social, sino más bien con la psicología y la aptitud y la actitud. El hombre egregio asumía su vida como una tarea de perfeccionamiento, como un compromiso consigo mismo y, por tanto, social, pues nadie se desenvuelve y desarrolla al margen de los demás, en pos de la autenticidad y la verdad. De una vida guiada por la propia razón al servicio de una causa superior a sí mismo. Era poco menos que una tarea de héroes, de aventureros del espíritu. Frente a ese hombre superior, se rebelan las masas, esas masas aristofóbicas que no sólo se regodean en su ignorancia y comodidad, sino que desprecian el saber del que sabe, el orgullo del que lo merece, e intentan implantar una especie de mediocridad colectiva que impida destacar a los que se esfuerzan en su labor de mejora anhelando la excelencia. Ortega descubrió con bastante precisión algunos de los rasgos de esa nueva sociedad regida por aquellos que no se dejan orientar por los mejores, por las minorías selectas, y reflexionó sobre sus peligros, lamentando la pérdida de valor que ello representaba. Era el comienzo de los años 20, y es difícil no encontrar en sus

## Libros

palabras resonancias del los nacientes fascismos de la época. Ortega nunca fue fascista, evidentemente; siempre hizo gala de su liberalismo, aunque muchos no le creyeran, pero si no la letra, al menos la música aciaga de aquellos años se identifica. Él escribía contra los señoritos satisfechos y contra la mediocridad, pero es obligatorio, también, identificar el peligro. Si para señalar las características del nuevo hombre masa, el filósofo madrileño estuvo atento y lúcido, como atento estuvo a la hora de analizar esos nacionalismos periféricos y reaccionarios

que, tanto en sus años de escritura como en los nuestros, azotan Europa, pidiendo europeizar España, cuando escribe sobre las mujeres, cae en una especie de papantismo ridículo que las sitúa en una posición subalterna destinada a enamorar a un hombre, a ser atmosféricas y estéticas y a facilitar el reposo y la alegría de sus maridos. A pesar de ello tuvo discípulas de la talla de María Zambrano o Rosa Chacel que le admiraron sin cuento y que fueron, de algún modo, tan grandes como fueron, gracias a su maestro.

Sea, como sea, con sus luces y sus

sombras, con los aciertos propios y con los logros que facilitó, con sus errores de apreciación y sus elecciones polémicas, Ortega fue un intelectual ineludible de nuestro pasado reciente, un nombre que no se puede obviar al hablar de nuestra filosofía o nuestra literatura, y al que conviene, aunque no sea todos los días, releer y meditar. Así lo han hecho, con solvencia, los autores de este libro actual: *Ortega y el tiempo de las masas*.

*Antonio García Vila*